

# La bronca

Beltrán abrió la puerta del auto y, mientras la mujer le pagaba al taxista y empezaba a acomodarse la falda —como hacen todas las mujeres al bajar de los taxis—, espío de reojo lo que se podía ver en la cartera entreabierta. Pero se dio cuenta de que la mina tenía la billetera en la mano. Cualquiera cosa que Beltrán intentase hacer implicaba tener que escapar corriendo, y no valía la pena: se habían ganado un lugar en esa manzana, en frente de un concurrido hospital, y no iban a perder, por un par de billetes, la posibilidad de volver. Además, pensó Beltrán mientras cerraba la puerta del taxi, seguro esta vieja me va a tirar algún pesito. Pero extendió la mano sucia en vano, ya que no hubo nada de eso. Vio cómo la mujer empezaba a alejarse, sin siquiera agradecer, pero, antes de que estuviera fuera de su alcance, le escupió en la espalda, casi sin ruido. Luego miró, con una mezcla de satisfacción y bronca, cómo el tapado de piel se hacía chiquito, acercándose a la esquina, con la flema brillante en el medio. Sonrió sin abrir la boca.

Entonces volvió a juntarse con sus dos amigos. Luis y el Goma estaban apoyados en una baranda, junto al estacionamiento del hospital, y lo miraron acercarse.

—Nada me dio la vieja rica —dijo, sentándose en medio de los dos.

—La guita los convierte en ratas —dijo el Goma.

—¿Alguno tiene un cigarrillo? —preguntó Luis.

—Sí, es así —siguió Beltrán—. O peor cuando te tiran una monedita de cinco centavos para irse a dormir con la conciencia tranquila. Y te la tiran como si no supieran que no nos alcanza ni para...

—Che, dale, ¿no me van a largar un pucho, lauchas? —interrumpió otra vez Luis.

—No, pendejo —lo silenció el Goma—, no jodas más, no tenemos.

Con los cigarrillos era siempre lo mismo.

Ninguno fumaba en frente de los otros; preferían esperar a quedarse solos con tal de no tener que convidar un cigarrillo. Cada uno de los tres tenía su paquete, pero lo cuidaban como si fuera oro. A veces hasta llegaban a manguear algún cigarrillo por la calle, aunque tuvieran, sólo para poder fumar frente a los demás sin tener que esconderse. Esa era su manera de tener una excusa para no convidar.

Paró otro taxi junto a la vereda y Luis quiso levantarse. Sin embargo el Goma ya estaba de pie y caminaba hacia el auto con una mano extendida.

—Este me toca a mí —dijo mirando hacia atrás—. Y además es un tipo joven.

Los otros dos lo vieron acercarse al auto, abrir la puerta y esperar. Luis se empezó a hurgar la nariz y pegó un par de mocos en la manga de la campera.

—Vas a ver que no le dan nada —dijo de repente Beltrán—. Ojalá que no le den nada. —Che, qué te pasa a vos, que desde hoy lo estás lechuceando al Goma.

—Nada, lo que pasa es que se te adelantó —se defendió Beltrán—, y me molesta que siempre haga todo como si nosotros dos no existiéramos.

—No es para tanto —dijo Luis—, fue un chiste, ¿o no?

—Puede ser, pero igual me molesta.

En ese momento, Beltrán vio que el Goma cerraba la puerta del taxi y que el tipo que acababa de bajar le ponía un billete en la mano. Puteó para adentro, pero pensó que lo mejor sería no decir ni hacer nada. Sin embargo le fue imposible no mirar a su compañero con bronca cuando vio que se acercaba mostrando, para que le tuvieran envidia, el billete de dos pesos que acababa de mendigar. Se estaba riendo de ellos.

A eso de las siete de la tarde contaron la plata que cada uno había juntado en el día y se fueron caminando hasta el terreno baldío

que quedaba atrás de la estación del tren. Todos los días, más o menos a esa hora, desde que lo habían descubierto, iban a este depósito de autos abandonados. Se sentían tranquilos allí. La puerta de chapa estaba cerrada con un candado, pero una de las hojas se había despegado de la pared y era bastante fácil entrar. Cada uno se tiraba arriba del techo de un auto y se quedaban charlando hasta que se hacía de noche. Entonces volvían al barrio y se las arreglaban para comer algo y para encontrar un lugar para dormir.

Esa tarde estuvieron como una hora en el baldío. El Goma le contó a Luis la historia de una mina con la que había salido. Dijo que se llamaba Sonia y que la había conocido en una canilla libre, en Almagro. Le contó cómo la había encarado y todos los detalles de la noche en que, después de emborracharla con vino tinto y de hacerle un par de promesas, la había llevado a la casa de un amigo. Y Luis no paraba de reírse mientras escuchaba. Beltrán se daba cuenta de que casi todo lo que decía el Goma era mentira y de que iba inventándolo mientras hablaba, pero no estaba de humor ni para ponerse a discutir. No había juntado más que unos pesos en toda la mañana y la tarde, y no era suficiente.

—Yo voy a ir a pedir un rato a la estación —dijo de repente, levantándose—. Después, a la noche, los veo en el bar de Coco.

—No seas boludo —dijo Luis, todavía riéndose—, esperá que vamos con vos.

—Bueno, dale —dijo Beltrán.

Y los tres salieron del baldío. No les gustaba mucho la idea de ir a mendigar a la estación del tren. Siempre había uno o dos vigilantes y a veces hasta ni les dejaban pedirle plata a la gente. Los policías nunca molestaban a los que vendían ballenitas y caramelos, siempre se la agarraban con ellos, y los vigilaban bien de cerca.

Caminaron dos cuadras y entraron en la zona de la estación. Luis se separó del grupo y se metió en un bar a pedir comida. Era el más chico de los tres y, a la hora de poner cara de hambre, era el que daba más lástima a los dueños de los restaurantes. Los otros dos siguieron su camino hasta los andenes, y el Goma se sentó junto a la casilla donde se vendían los boletos. Se quitó la gorra y sacó un cartelito de papel del bolsillo de la campera.

Lo extendió en el piso:

NESESITO SU COLABORACION PARA AYUDAR A MI MADRE ENFERMA

Beltrán siguió caminando hasta la punta más alejada de la estación y, luego de sentarse en un banco de madera, prendió un cigarrillo. Mientras fumaba se puso a pensar que él no era el más inteligente de los tres. Sus dos compañeros eran bastante vivos y siempre lograban conseguir más que él. Se dijo que había que ser muy rápido para mantenerse con vida en la calle. Por eso le costaba tanto.

Cuando terminó el cigarrillo se levantó y empezó a pedir plata a toda la gente que circulaba por el andén. A los pocos minutos llegó un tren a la estación y bajó un grupo bastante grande de personas. Beltrán trató de aprovechar la situación y se movió lo más rápido que pudo, como para poder pedirle a la mayor cantidad de gente posible. Algunos le pusieron un par de monedas en la mano, mientras que otros sólo lo miraron con un poco de asco y siguieron su camino, casi como si él no existiera.

Y así anduvo dando vueltas de un lado para el otro hasta que calculó que, más o menos, había juntado dos o tres pesos en monedas de diez centavos. Se dirigió a la ventanilla de los boletos y se juntó con el Goma. Desde el lado contrario también venía acercándose a él



Luisito, y Beltrán vio que tenía una bolsa de plástico en la mano. Al parecer había conseguido algo de comida para esa noche.

—Che, bastante bien el chamuyo de la madre enferma —dijo Luis en voz bajita cuando, sentándose, vio la cantidad de monedas que había en la gorra.

—Sí, creo que imaginarme a mí llevándole comida y remedios a mi vieja tuberculosa les ablanda el corazón.

—Bueno, ya era hora de que se les ablandara esa piedra que tienen.

Se quedaron un rato más sentados frente al cartelito, pero unos minutos después el Goma guardó la plata y, poniéndose la gorra, sugirió ir para lo de Coco, que era un viejo que, cuando se encontraba de buen humor, los dejaba dormir en un galponcito que quedaba en la parte trasera de su bar. Empezaron a caminar y el Goma reanudó el relato de sus relaciones con la mina de la canilla libre.

Una vez que salieron de la estación tomaron una calle finita y oscura y Beltrán vio que una vieja de unos setenta años se acercaba hacia ellos. Mientras escuchaba, con un poco de bronca, cómo Luis seguía riéndose de todas las mentiras que le contaba el Goma, se le ocurrió la idea.

—Prepárense para correr hasta el baldío —dijo apenas se cruzaron con la vieja, y los demás ni siquiera tuvieron tiempo para preguntarse de qué estaba hablando. Sólo vieron que se daba vuelta, que corría hacia atrás y que, con un violentísimo tirón, le sacaba la cartera a la vieja. Recién empezaron a reaccionar cuando escucharon cómo la amenazaba con matarla si no le entregaba el reloj. Lo

siguiente que vieron fue que volvía hacia ellos, gritándoles que empezaran a correr. Mientras, la vieja chillaba a voz en cuello, suplicando que alguien la ayudara.

Antes de que terminaran de recorrer la primera cuadra dos policías oyeron las quejas de la vieja y, al ver que no estaba herida ni

nada parecido, empezaron a perseguirlos. Al oír los gritos de los oficiales los ladrones doblaron a la izquierda, después a la derecha y, creyendo que no los verían, entraron al depósito de autos. Sin perder tiempo, el Goma y Luis se escondieron atrás de un camión, en el fondo del potrero. Beltrán optó por tirarse, boca abajo, detrás de una montaña de alambres y fierros. Y así esperaron.

Aunque a Beltrán le pareció una eternidad, no pasaron más que algunos segundos antes de que los dos oficiales entraran en el baldío. Tenían linternas e iluminaban en todas direcciones, tratando de detectar cualquier movimiento que delatara alguna presencia. En un momento Beltrán sintió la luz en la cara, pero logró mantenerse lo suficientemente quieto como para conseguir que su ropa se mimetizara con la basura. El haz de luz se alejó otra vez y entonces supo lo que iba a hacer. Buscó, con la mano que tenía libre, algo que pudiera tirar y tanteó una piedra del tamaño de una nuez. Con mucho cuidado levantó un poco el cuerpo, apuntó y tiró. El ruido que se produjo al chocar la piedra con el techo del camión fue suficiente. Los dos oficiales guiaron sus linternas en esa dirección y, con las armas en alto, corrieron hacia donde se ocultaban Luis y el Goma. Beltrán oyó varios gritos —Alto, Alto, Quietos o Disparo— y vio que las linternas se movían alocadamente. Entonces, sintiendo que era su oportunidad, se levantó y, tratando de no hacer ningún ruido, se dirigió hacia la puerta. En el momento en que logró salir del baldío seguía oyendo gritos y quejas.

Una vez en la calle, se metió la cartera debajo de la campera y empezó a correr. Pensaba en la cara de decepción que tendrían los policías y la vieja, y se preguntó si sus dos amigos llegarían a entender cómo habían sido realmente las cosas. No se detuvo hasta que llegó a una esquina a unas veinte cuadras del depósito que le inspiró cierta confianza. Como no vio a nadie por los alrededores, vació el contenido de la cartera en el capó de un auto: no había mucha plata, pero se guardó un llavero que le pareció que podía ser de plata. Luego de tirar la cartera debajo del auto, prendió un cigarrillo y caminó hacia el barrio. Se sintió bien estando solo.

